

Domingo de Pasión (Ramos)
Capilla de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María
Pontificio Colegio Norteamericano, Roma
2 de abril de 2023

Is 50, 4-7
Sal 22, 8-9. 17-18. 19-20. 23-24
Fil 2, 6-11
Mt 26, 14-27, 66

Homilía

Alabado sea Jesucristo, ahora y siempre. Amén.

La celebración de los días más sagrados del año eclesial comienza con la procesión que recuerda la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén para celebrar su última Pascua, la Pascua que Él transformó para siempre con su Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión. San Pablo, en la *Carta a los Filipenses*, expresa el gran misterio que comenzamos a celebrar hoy y que celebraremos durante toda la Semana Santa: Cristo, Dios Hijo encarnado, que "se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz",¹ está sentado a la derecha del Padre, "es Señor, para gloria de Dios Padre".² Cristo es ciertamente Rey del Cielo y de la Tierra. Cristo reveló su gloria real entregándose en manos de quienes se burlaban de Él, lo torturaban cruelmente y luego lo ejecutaban de la manera más ignominiosa posible en aquel tiempo. Se entregó al sufrimiento y a la muerte, sabiendo que "no sería avergonzado",³ pues había sido enviado por Dios Padre para cumplir la promesa del Padre de la salvación eterna.

Hoy, llevamos palmas benditas y aclamamos a Cristo como nuestro Rey, sabiendo que Su Realeza se ejerce por la efusión de Su vida por nosotros en el Calvario, hecha siempre nueva en el Sacrificio Eucarístico que ofrecemos. Cuando Nuestro Señor Jesucristo murió por nosotros en la cruz, su Corazón Real fue traspasado por la lanza del soldado romano, signo de la efusión de toda su vida por nuestra salvación eterna; su glorioso Corazón Real permanece eternamente traspasado, abierto, para recibir nuestra adoración, nuestros corazones, y transformarlos por la efusión inconmensurable e incesante de la gracia divina, haciendo nuestros corazones semejantes a los suyos en el amor puro y desinteresado. Después de la Santa

¹ Fil 2, 8,

² Fil 2, 11.

³ Is 50, 7.

Misa de hoy, llevemos con nosotros la palma bendita y entronicémosla junto al crucifijo o la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, para que nos recuerde, cada día y a lo largo de cada jornada, que debemos entregar nuestro corazón por entero a Jesucristo, nuestro Señor y Rey.

Así como hoy hemos acompañado místicamente a Nuestro Señor en su entrada gloriosa en Jerusalén, acompañémosle también, a lo largo de la Semana Santa, en el Vía Crucis, camino de su gloria eterna y prenda de la misma gloria que Él nos ha ganado como herencia perpetua. Que nuestra unión con Cristo durante estos días santísimos se convierta en la forma de nuestra vida cotidiana, como nos enseña Nuestro Señor en el Evangelio: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame".⁴

Hoy y durante toda la Semana Santa, reflexionemos sobre el misterio del Sufrimiento y Muerte de Cristo, el misterio de su Corazón Real, traspasado después de haber entregado su vida por nosotros en la Cruz. Reflexionando sobre el Vía Crucis, unamos a los sufrimientos de Cristo los sufrimientos que llevamos en nuestra vida y los sufrimientos de nuestros hermanos y hermanas en todo el mundo. De modo particular, unamos a los sufrimientos de Cristo los sufrimientos de su Cuerpo Místico, la Iglesia, que atraviesa un tiempo de confusión y error generalizados, cuyos frutos son la división, la apostasía y el cisma. Uniendo nuestros sufrimientos a la Pasión y Muerte de Cristo, oremos por nosotros mismos y por nuestros hermanos y hermanas en la Iglesia y en el mundo, para que tengamos un corazón indiviso, un corazón totalmente unido al Corazón de Jesús, un corazón humilde que no se avergüence, porque pertenece completamente a Dios, confiando en Su Providencia y orando: "Mas tú, Señor, no te alejes; fortaleza mía, apresúrate a socorrerme".⁵

Estando místicamente con San Juan Apóstol y Evangelista al pie de la cruz de Nuestro Señor, que nuestros corazones sean uno con el Corazón Inmaculado de María. Que sean totalmente para Cristo. Que escuchen siempre el consejo maternal de la Madre de Dios, la Madre de la Divina Gracia, a sus hijos en apuros: "Haced lo que Él os diga".⁶

⁴ Mt 16, 24.

⁵ Sal 22, 19.

⁶ Jn 2, 5.

Que nuestros corazones se vuelvan reales en el Corazón Real de Jesús, reales en todas las virtudes de Nuestro Señor, las virtudes que nos inspiran y fortalecen para entregar nuestras vidas por la gloria de Dios y la salvación de nuestro mundo. Meditemos sobre la enseñanza del Papa San Juan Pablo II en su primera Carta Encíclica, *Redemptor Hominis*. Refiriéndose a la realidad de la realeza de Cristo en el corazón humano, nos recuerda la naturaleza real de nuestra vida en Cristo, escribiendo:

Si, por consiguiente, a la luz de esta actitud de Cristo se puede verdaderamente «reinar» sólo «sirviendo», a la vez el «servir» exige tal madurez espiritual que es necesario definirla como el «reinar». Para poder servir digna y eficazmente a los otros, hay que saber dominarse, es necesario poseer las virtudes que hacen posible tal dominio. Nuestra participación en la misión real de Cristo —concretamente en su «función real» (*munus*— está íntimamente unida a todo el campo de la moral cristiana y a la vez humana.⁷

La realeza de Cristo sobre los corazones humanos no es un ideal al que todos están llamados, pero que sólo unos pocos pueden alcanzar. Es, más bien, una realidad de la gracia divina que ayuda incluso al sujeto humano más débil y más probado a alcanzar un grado heroico de virtud, si sólo coopera con esa gracia divina.

Cristo crucificado y resucitado renueva ahora sacramentalmente para nosotros el Sacrificio que ofreció por primera vez en el Calvario, el Sacrificio por el que entró en Jerusalén el Domingo de Ramos, el Sacrificio por el que nos ha liberado del pecado, el Sacrificio por el que nos ha ganado la vida eterna. En el Sacrificio eucarístico, asumimos con Cristo la cruz, recibiendo el fruto incomparable de su Sacrificio: Su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad,

⁷ "Si igitur secundum illum Christi habitum vel affectum aliquis "regnare" proprie valet dumtaxat "sirviendo", simul postulat illud "serviendi" officium talem maturitatem spirituales, quae dicenda sit prorsus significare aliquem "regnare". Qui ideo digne efficaciterque ceteris inserviat, oportet is dominetur in semet ipsum possideatque virtutes, quae permittant, ut ita dominetur. Nostra participatio regalis missionis Christi - illius quidem "muneris regalis" - arcto vinculo cohaeret cum omni regione doctrinae moralis, tam christiana quam etiam humanae". Ioannes Paulus PP. II, Litterae Encyclicae *Redemptor Hominis*, "Pontificali eius Ministerio ineunte", 4 de marzo de 1979, *Acta Apostolicae Sedis*, 71 (1979), 316, n. 21.
https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_25031987_redemptoris-mater.html

alimento espiritual de nuestra peregrinación terrena hacia Dios Padre. Recibiendo a Cristo en la Sagrada Comunión, llevemos a Cristo a todos los que encontremos, según Su promesa:

Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura: "De su interior correrán ríos de agua viva".⁸

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Raymond Leo Cardenal B URKE

⁸ Jn 7, 37-38.